

Rómulo y Tacio juraron paces en el valle, que separaba el Palatino del Capitolio; aquel lugar se llamó el Comicio, primer asiento de las deliberaciones políticas de Roma. El Palatino y el Capitolio se unen por medio de un gran muro, que sigue la dirección de las cárceles del circo Máximo: la ciudad se agranda: arraigase la monarquía. Seis reyes suceden á Rómulo: con solos siete nombres se llenan doscientos cuarenta y cuatro años de la historia romana; cada uno de los siete reyes tuvo por término medio una duración de treinta y cuatro años: ¡Dichosa edad! las novedades antidinásticas no turbaban aún la paz de los pueblos. Diríase que la sociedad humana nació juiciosa, y los años la vuelven rebelde y atolondrada. Á la antigua forma monárquica de Roma se debe su engrandecimiento fundamental: al núcleo del Palatino y el Capitolio, primeros dominios de Rómulo, añadió Numa el Quirinal, y Tulo Hostilio el Celio, y Anco Marcio el Esquilino, y Servio Tulio el Viminal y el Aventino.

El Palatino fué, puede decirse, la constante morada de los reyes. Allí estaba la *Roma* cuadrada: allí, junto al templo de la Victoria, el Lupercal, templo del dios Pan, construido por Evandro, y enfrente la estatua de la loba, que amamantó á los gemelos: allí la cabaña de Faústulo, el padre verdadero ó adoptivo de Rómulo: allí, sobre todo, el árbol simbólico de los destinos de Roma, que duró más que los reyes y más que la república, y que se secó en los tiempos de Calígula, cuando, en efecto, iban secándose ya las fuentes de grandeza y los manantiales de gloria de la Roma de Catón, de Julio César y de Augusto. En el ángulo S. E. del Palatino estuvieron las curias viejas descritas por Tácito, que no tarde darán el modelo á todas las otras curias, hasta perderse en la de Pompeyo, donde bajo el puñal de Bruto ha de morir la libertad queriendo dar vida á la república. Aun se descubre sobre el ángulo meridional del monte el gran sub-basamento cuadrado del *Auguratorium*, el lugar misterioso, desde donde el augur, teniendo á su izquierda el Oriente, y el Occidente á su derecha, escrutaba en las regiones del Mediodía los secretos de lo porvenir. Sobre la ciudad *Velia*, la cumbre que domina el Foro, estuvo la casa de

Tulo Hostilio, tercer rey, no léjos de las mansiones de los salios palatinos, instituidos por su antecesor Numa. El cuarto rey, Anco Marcio, habitó en la parte que da sobre la via Sacra, cerca de donde hoy se alza el arco de Tito y donde fué el templo de los dioses Lares: allí muy cerca vivió Tarquino el Viejo, pues sus ventanas, que daban sobre la via Nueva, dominaban, el templo de Júpiter Stator: los dos reyes sucesores, Servio Tulio y Tarquino el Soberbio, que cierra la serie, heredaron, aunque no siempre habitaron, esta morada, que aun se conservó con cierto respecto monumental en el largo período de la república. El área de la casa, que perteneció á los reyes de Roma en el ángulo occidental del Palatino, brilla hoy doblemente honrada por la majestad de una hermosa doncella, mártir de los primeros siglos del cristianismo. La iglesia de Santa Anastasia es una de las cariñosas centinelas, que la Roma cristiana ha puesto para guardar la ya arruinada cuna de los Rómulos y los Numas y los Servios Tulios.

A la monarquía sucedió la república: la vida política baja de las cumbres á los llanos, de las moradas del Palatino á los nuevos edificios del Foro. A la libertad, meticulosa y desconfiada, entónces como siempre, infunden sospecha y miedo las casas de las alturas; para evitar una y otro, la ambición se disfraza de humildad y los que aspiran á dominadores, con cualquier título que sea, se apresuran á construir sus viviendas á la falda del monte, al nivel de los modestos y de los pobres, en pleno estado llano. Un bosque de templos y de edificios monumentales cubre la superficie del Palatino en el período de cerca de cinco siglos, que media desde la expulsión del último rey (año 243) hasta la batalla de Aczio, que produjo el primer emperador (año 724). A Júpiter vencedor construyó un templo Quinto Fabio después de la batalla y victoria contra los sannitas: Valerio Máximo recuerda en aquella region el altar de la diosa Viriplaca, númen tutelar de la concordia de los casados, el templo de la fortuna privada, que se remontaba á la época del rey Servio Tulio: el gran templo redondo y simulacro de la diosa Cibéles, de que hace mérito Marcial, encaminando también su libro, como Ovidio, á la cumbre del Palatino, aunque no

á la casa de los Césares, sino á la de su amigo Próculo, templo de la gran madre, la del carro tirado por leones, en cuyo honor se celebraban aquellos juegos megalenses, que recuerdan aún las más renombradas obras dramáticas de Terencio: los templos de Baco y de Juno, mencionados también por ambos poetas en los *fastos* y en los epigramas: el templo de la Fe, erigido por Numa un poco más arriba del de Juno, al borde mismo del clivio de la Victoria, y en línea paralela al templo y altar de la Fiebre, según testimonio de Ciceron y de Plinio.

Aquí vivieron en los últimos tiempos de la república los hombres más ilustres por su saber y sus hazañas. En la cumbre ó en las vertientes del Palatino estuvieron la casa del cónsul Cneo Octavio, comprendida luego en la suntuosísima de Scauro; la de los Gracos, sobre cuyas ruinas edificó Catulo un pórtico, adornado con los despojos de los cimbras, y la de Próculo, el amigo de Marcial, á cuyas puertas nos conduce todavía el epigrama 71 de su libro primero, que es un itinerario del Argileto al Palatino: dirígete desde el Foro, le dice, por delante del templo de Castor junto al de Vestá, emprende la subida por el clivio de la via Sacra, despues de pasar por junto á la estatua ecuestre de Domiciano; y sin detenerte mucho á mirar el coloso con rayos de Neron, tuerce á la izquierda hácia donde verás el templo de Baco y la cúpula del de Cibéles, pintada con imágenes de Coribanti, y al punto te encontrarás en la casa magnífica adonde te envío. Para la visita al Palatino las cartas topográficas y los viejos dibujos de fantasía aprovechan muy poco, si se les compara con las descripciones de los poetas y con las noticias de los históricos de la época del imperio. En el Palatino estuvieron igualmente las casas de Hortensio y la de Sila y de Catilina y de Marco Antonio, habitada un tiempo por Agrippa, y la de Domicio Calvino y la de Cayo Octavio, padre de Augusto, y la de Tiberio Claudio, padre de Neron, y la del príncipe de los oradores romanos. En el ángulo sudeste del Palatino, dando vista á la campaña, que limitan los horizontes de Tívoli y de *Tusculum*, puede aún conjeturarse el espacio que ocupó la morada de Ciceron. ¿Quién no recuerda en este instante la famosa oracion *pro domo sua*? La oracion, que eran

palabras que el aire en sus alas tenues recogia en alas del viento, ha cruzado las distancias y los siglos: la casa, que era sólida y magnífica y rica en columnas, ha desaparecido por completo. Por su solar han pasado el incendio y las guerras y la devastacion: quedó anulada para formar parte del gran palacio de los Césares: el palacio no existe, las ruinas volvieron á las ruinas, y sin embargo, al rededor del área, en que vivió y escribió Ciceron, álzase una invisible barrera de gloria, que dibuja como un recinto aparte el templo del genio formado sin mármoles y sin oro, por la reverencia y por el amor de los siglos.

Si Ciceron hubiese levantado un piso más en su propia casa, habria quitado á la de Clodio las vistas de la ciudad: éste es el único dato positivo que se tiene de la vivienda de Clodio. Tantos y tan notables edificios llegaron á formar un barrio distinguido y aristocrático, con sus jardines, sus baños y sus vías: Desde la cabaña de Faústulo y la modesta casa de Rómulo, el Palatino viene progresando en lujo y magnificencia, y sin embargo, aún no ha llegado á su apogeo. En su cumbre parece que pululan los gérmenes de una idea nueva: diríase que se prepara una gran transformacion. Allí ha nacido Octavio: allí se fija despues de la batalla de Aczio, que le constituyó en árbitro de Roma, y aún del universo. El templo de Jano se habia cerrado una y otra vez despues de doscientos veinte y siete años de guerras no interrumpidas: dos siglos de ruido y sangre hacian ya necesario un momento siquiera de pausa y de silencio: la paz de Roma era, por otra parte, el cumplimiento de una insigne profecía: el misterio de Belen debia realizarse en ocasion de una gran calma. Octavio ha sellado con su conquista de Egipto la conquista de la tierra: tres triunfos le esperan en Roma: Roma es suya por derecho de sucesion y por derecho de guerra. ¿Pero qué cuadro ofrece Roma y el imperio, á pesar de aquella quietud aparente? ¿Cuál era el fondo de aquel vasto lago de superficie tranquila? El imperio, dice un escritor muy sensato, devastado, saqueado por los partidos, pedía de qué vivir, y alzaba hácia Augusto sus manos, no ya suplicantes, como dicen los poetas, sino mendicantes, en la más dolorosa de las actitudes: los patricios y los caballeros

de todas las esferas pedíanle de qué pagar sus vestidos de púrpura y su propio rango de senador ó caballero: la poblacion ociosa y creciente de Roma pedíale trigo para comer: la Italia despoblada, brazos para trabajar: las provincias, rebaja en los impuestos: el mundo entero caía de rodillas como un mendigo á los piés de un solo hombre.

Y sin embargo, aquel hombre, que era el más rico, el único rico en la tierra, y que con sus riquezas pensiona á la aristocracia, su enemiga, mantiene á la plebe, estimula el trabajo y provee largamente á las necesidades y al esplendor de los hombres y de los dioses, vive modestamente en su casa del Palatino, reconstruida sobre el solar de la de Hortensio (*adibus modicis hortensianis*); en ella no resplandece el lujo, ni forman vistosa perspectiva los órdenes de columnas y los muros de mármol y alabastro: la casa de Mamurra y la de Scauro y muchas otras exceden en magnificencia á la del señor del mundo: delante de su puerta hizo plantar el Senado, como signo de triunfo y de perpetuidad, dos laureles coronados con corona de encina: estas dos muertas centinelas y otras dos vivas, pertenecientes á la legion germánica, constituyen todo el aparato guerrero del que cubre la tierra con sus ejércitos y la llanura de los mares con sus flotas. Allí vivió cuarenta años el hombre extraordinario, que determina con su nombre el período quizá más interesante de la historia universal. La imaginacion se complace en representarse á Augusto discutiendo en aquella humilde casa con Agrippa y con Mecénas sobre la suerte futura del universo: restaura la república romana con sus magníficas libertades, le decia el rudo Agrippa; crea bajo tu cetro la unidad del mundo, le decia el elegante Mecénas. De este orden son de aquí en adelante las cuestiones que se debaten en la cumbre y en las faldas del Palatino. Augusto construyó su morada en el estilo de todas las casas de Roma, sin ostentacion ni lujo, poniéndola, puede decirse, bajo la tutela de las dos divinidades á que daba culto más rendido. Apolo y Vesta tuvieron sus templos en el recinto mismo de la casa de Augusto: el dios de la poesía y la diosa de la naturaleza; el sol y la tierra.

*Phebus habet partem, Vestæ pars altera cessit
Quod superest illis, tertius ipse tenet.*

¡Y qué parte destinó á Febo! El templo de Apolo sobre el Palatino fué uno de los mayores portentos de la Roma antigua. Augusto, que habia de convertir la Roma de tierra en Roma de mármoles, comenzó, puede decirse, su obra por el atrio y templo de Apolo, inmensa mole rodeada de columnata de mármol amarillo de la Numidia, en medio de una plaza cuadrada, cuyo espacio todavía es posible recorrer: una estatua ecuestre de bronce descansaba sobre cada columna; eran simulacros de los guerreros de Cleopatra, último trofeo de Octavio; eran el Egipto vencido, rindiendo mudo homenaje al vencedor. De todas las descripciones, que de aquel templo se han hecho en la serie de los siglos, ninguna tan bella, ni, como ahora diríamos, tan palpitante, como la que escribió para la hermosa Cintia el poeta Propercio en el instante mismo en que volvía de la solemne inauguracion del monumento. Será quizá una aprension escolástica; pero en todos mis estudios de la Roma antigua, yo prefiero los textos latinos á los textos italianos y franceses: todos los arqueólogos de la edad moderna me parecen inferiores á los poetas del siglo de Augusto, que de cierto no pensaban poco ni mucho en la arqueología. Bueno es, sin duda, revolver las memorias de las academias y los volúmenes de los anticuarios; pero es más provechoso y más instructivo penetrar furtivamente, siquiera sea á través de diez y ocho siglos, en los portales de libros de la via Sacra y del Argileto, donde se reunen los pobres cortesanos de las Musas, cortesanos tambien obligados del Emperador, y se entregan á la deliciosa comunicacion de sus pensamientos, lluvia de perlas destinada á caer sobre el lodo, que llena las avenidas del Palatino, ó sobre la orilla melancólica del Ponto. Figurémonos en una de aquellas improvisadas academias un grupo de hombres que se llaman Ovidio, Propercio, Catulo, Phedro, Tibulo, Pontico, Manilio: hablan del suceso del dia; de la gran fiesta inaugural del templo de Apolo: Propercio, dulcemente abstraído en la conversacion, ha dejado

pasar la hora en que Cintia le espera; y el poeta, que es capaz de no tener miedo á los dioses del Olimpo, teme el enojo de su amada; Propercio escribe precipitadamente en un pergamino; la inspiracion le ha salvado: una elegía bien sentida y bien versificada es siempre buen escudo de poeta para batallas de amor: tal es el origen de la elegía 23 del libro II de Propercio.

¿Me preguntas por qué vengo más tarde que de costumbre? Acaba de abrirse por el gran César el áureo pórtico de Apolo:

*Queris cur veniam tibi tardior? Aurea Phœbi
PORTICUS à magno Cæsare aperta fuit.*

«Todas las columnas son de mármol numídico, entre las cuales se levantan las estatuas de las danaiides»:

*Tota erat in speciem penis digesta columnis
Niter quas danai femina turba senis.*

Cincuenta danaiides formaban la vieja *fœmina turba* de Propercio: el poeta olvidó la cincuenta y una, que era la del padre de las danaiides, con la espada desnuda; Ovidio, que escribió los *Tristes* con más tiempo que Propercio su elegía, no olvida esta circunstancia (*et stricto barbarus ense pater*).

«Un Apolo de mármol, que al dios mismo excede en belleza, paréceme que modula versos en su callada lira»:

*Hic equidem Phœbo visus mihi pulchrior ipso
Marmoreus tacita carmen hyare lira.*

Para formar idea del Apolo Palatino, volvamos la mirada al Apolo Citaredo, que está en la sala de las Musas del Museo Vaticano.

«Rodean el altar del númen cuatro bueyes en bronce, del escultor Myron, que parecen vivos»:

*Atque aram circum steterant armenta Myronis
Quatuor artificis vivida signa bobis.*

¿Será resto precioso de una de aquellas esculturas vivas la

cabeza de bronce no há mucho descubierta, que hoy se guarda en una sala baja del Museo Capitolino?

«En medio, hácia la parte posterior de aquel recinto, surge el templo de purísimo mármol, vivienda más amada de Phebo que la misma patria Ortygia»:

*Tum medio Clario surgebat marmore templum
Et patria Phœbo carius Ortygia.*

En lo alto del frontispicio brillaba el sol en carro de oro,

Auro solis erat super fastigia currus,

y las puertas eran obra primorosa de diente de elefante,

Et valvæ libyci nobile dentis opus.

En una las labores ebúrneas representaban á los galos arrojados desde la cumbre del Parnaso, en la otra reproducian la muerte de las Nióbides:

*Altera dejecto Parnassi vertice gallos,
Altera mœrebat funera tantalidos.*

Por último, el dios Pythico, cubierto con larga vestidura, entona versos entre su madre y su hermana:

*Deinde inter matrem deus ipse interque sororem
Pythius in longa carmina veste sonat.*

Latona ocupaba, pues, la derecha del númen, y Diana la izquierda.

Para dar idea del aspecto, que ofrecian el atrio y templo de Apolo en el tercer día de los grandes juegos seculares, celebrados por Augusto, tendríamos que pedir á Horacio largas tiradas de su *Carmen seculare* y muchas estrofas de sus odas; para formar rápidamente juicio de las grandezas de todo género, que se encerraban en aquel templo, podemos recurrir á Plinio, que lleva, como si dijéramos, el libro de registro de las maravillas artísticas de Roma. Plinio, en efecto, nos ha trasmitido el inventario más exacto del templo Palatino. Propercio no podía entretenerse á formarlos, ni era fuerte en nombres propios

de escultores, ni en calidades de mármoles. La estatua del Apolo Citaredo era de Scopas; la de Diana era obra de su rival Timoteo: la de Latona pertenecía á Cefisodoro, hijo de Praxitéles. El arte griego está plenamente á servicio de la Roma triunfadora. Junto al ara, formada por seis altas columnas corintias, se alzaba un gran candelabro en forma de árbol, cuyas pomas eran otros tantos globos de luz: un tiempo fué trofeo recogido por Alejandro Magno en el asalto de Tébas, y regalado á otro templo célebre del Asia Menor. Diríase que la luz de la Grecia civilizadora guardaba sus últimos resplandores para alumbrar, aunque en extranjera tierra, el culto de las ciencias y las artes. Las trípodas de oro y plata, que á los lados se veían, fueron construidas con las estatuas de aquellos metales que los pueblos erigieron al vencedor de Aczio. La modestia de Augusto apuntaba más alto que los simulacros que la gratitud ó la adulacion le consagraban. En un lugar apartado del templo estaba la dactylioteca, gran depósito de joyas procedentes de todas las regiones del mundo, que habia pertenecido á Marcelo, hijo de Octavia, sobrino malogrado de Augusto. Debajo de la estatua de Apolo, en el templo mismo, se guardaban los libros sibilinos. En frente al atrio, á la extremidad septentrional, fué la famosa biblioteca Palatina, compuesta de tres salas, correspondientes á manuscritos griegos, manuscritos latinos y obras de derecho: la sala central, de 42 metros de longitud por 32 de anchura, presidida por el coloso de bronce, que representaba á Augusto con los atributos de Apolo, era el verdadero salon del trono del rey de los poetas y de los oradores: templo profano, donde la majestad de Augusto recibia la adoracion que más amaba; al culto de la nada, que en el templo de enfrente recibia el Apolo de la Cítara, preferia Augusto el culto del genio, que en este otro le ofrecian el autor de la *Eneida* y el maestro de los *Pisones*. Vesta compartia con Apolo, ya lo hemos dicho, la devocion y el amor del dueño de Roma: Vesta, si no tan espléndido como el de Apolo, tuvo tambien su templo en el Palatino, en la casa misma del Emperador y Pontífice Máximo.

*Vestaque Cesareos inter sacrata Penates
Et cum Casarea tu Phæbe domestice, Vesta,*

dice Ovidio, expresando así en estos dos versos del libro de las *Metamórfosis*, un pensamiento casi idéntico á los de aquellos otros dos de los *Fastos*, que poco ántes reprodujimos.

La tercera parte que Octavio reservó para su propia morada, fué en su principio la más modesta: una fuente de agua cristalina adornaba el peristilo y refrescaba el ambiente en el verano: la arquitectura era sencilla; los materiales no participaban aún de las calidades de belleza y alto precio, que ostentarán dentro de poco las obras del Imperio. Octavio, aún cuando tome el nombre de Augusto, aunque su dominio sobre Roma simbolice el dominio sobre casi todo el mundo conocido, no cambia sus hábitos de aparente humildad: diríase con Suetonio que la República vive gobernada por un tirano. César habia pagado con la vida la vanidad de llamarse Rey cuando ya lo era: Augusto, cuidándose más del poder que de los nombres y los aparentes atributos del poder, se instala cuasi republicana-mente en aquella casa, cuyo lujo eran dos pilastras de á cuatro columnas en el doble pórtico, y diez ventanas en la fachada que miraba al circo, y á la cual correspondia la puerta, con sus dos laureles y su corona de encina: tal fué el que pudiéramos llamar núcleo del palacio imperial, que del monte Palatino tomó nombre, para darlo á su vez á los edificios más notables de todos los pueblos de la tierra. La casa de Augusto, devorada por un incendio, fué reconstruida á expensas del pueblo: un dinero de cada individuo y un áureo (25 dineros) de cada corporacion, fué el tipo respectivo aceptado por el Emperador para aquella ofrenda espontánea, que constituyó su nueva morada en una especie de trofeo de la paz y del cariño. La arquitectura desplegó su riqueza y produjo sus tesoros. Las bóvedas y muros resplandecian adornados con pinturas y caprichosos dibujos, ya en oro sobre fondo azul, ya en azul sobre fondo de oro, representando héroes de la antigüedad, ó figurando sucesos y escenas de la mitología: la vista, que desde la altura del palacio de Augusto se ofrecia, y que el poeta Stazio nos trans-

mite, era verdaderamente maravillosa; dominando casi por completo las otras seis colinas, alcanzaba la marcha tortuosa de la antigua muralla del rey Servio, y se extendía al Oriente, detras del Viminal y el Esquilino, por el famoso *Agger*, inmensa fortificación de los tiempos que precedieron á la República: al Mediodía descollaban las cumbres de Tibur, de Tusculum y de Alba; al Occidente el Janículo; al Septentrion el Vaticano; en la explanada descubriase la turbia corriente del Tiber, que lame los piés de la ciudad, y una buena porcion del campo de Marte con el bosque Sagrado y la colina de los Jardines: los ojos gozaban mirando al derredor los barrios más poblados y brillantes de Roma; asomándose al fondo el circo Máximo, el foro Boario y la via Triunfal, el foro Romano, los de César y de Augusto, la via Sacra, templos, estatuas, columnas, una ciudad, en fin, de mármoles y de metal esplendorosa.

Si Augusto fué el verdadero fundador del imperio romano, Tiberio es el primer representante autocrático de la grandeza imperial: los disimulos y las modestias de Augusto son ya inútiles: la unidad de servidumbre propuesta por Mecénas está realizada. Roma es el corazon adonde afluye y de donde parte la vida de un estado, que tiene doscientos millones de leguas cuadradas. Anchas vias de tierra facilitan las comunicaciones á los países más lejanos: naves de todos portes cruzan los mares y los rios: al dueño de Roma ofrecen de rodillas su tributo, en vasos Sagunto y Pergamo; en armas Toledo y Cibyra; en púrpuras Tiro y las islas Fortunadas: la blanca lana de Apulia, y el paño de la Céltica, y el cachemir egipcio, y los tapices de Babilonia, y la seda del Tibet, y los perfumes de Arabia, y las pieles de Scitia, y el ámbar de las riberas del Báltico, todo viene á cubrir la augusta miseria del morador del Palatino; África le envia fieras y pájaros; el Oriente y el Occidente sus plantas y sus árboles; Alejandría rosas; el Asia helénica marfiles y oro; Córdoba caballos; la Galia gladiadores; Cádiz bailarinas. Falta espacio para tantas ofrendas, faltan mares para tantos navios. Tiberio tenía, pues, que pensar en agrandar la casa, donde Augusto habia representado el papel de la

vida, y añadió, en efecto, al que ya podia llamarse palacio, por la parte de Occidente, en direccion del Velabro, los pórticos y cámaras sobre imponentes bóvedas que aún se ven, y que pronto tomaron el nombre de *Casa Tiberiana*, la cual vino á ocupar como un tercio de aquel lado del Palatino. Instituyó allí Tiberio una biblioteca, de que hace mencion Aulo Gelio, refiriéndose á un precioso manuscrito de Caton Nepote, que en ella se conservaba. Calígula, el vanidoso Emperador, que hacia batallas teatrales, aprestando al efecto ejércitos, y que se preparaba triunfos no ménos cómicos, vestido con el manto de Alejandro; el que construyó sobre el mar de Nápoles un puente colosal por medio de millares de naves juxtapuestas, y celebró una orgía, cuya última sorpresa fué el espectáculo de arrojar á las aguas, alumbradas por luz de Bengala, más de veinte mil personas, tan sólo por tener el gusto de presenciar un naufragio; el que en una régia cámara de este mismo Palatino, donde estamos, servia á su caballo, candidato al consulado, cebada con perlas en pesebre de marfil; á quien del todo desvanece la omnipotencia imperial y se juzga dios, concibe el pensamiento de hacer del templo de Castor y Pólux el vestíbulo de su palacio, y pone por obra el altivo y extraordinario proyecto de construir un puente, que, pasando por delante de aquel templo y por encima de la Basílica Julia, llegase al Capitolio, partiendo del Palatino. Aun se conserva el arranque y primer estribo de aquella obra gigantesca, que proyectaba su sombra sobre el Foro, como una amenaza formidable contra los monumentos mal seguros de otros siglos y de otras instituciones, como el brazo de un poder inflexible y tiránico sobre los que fueron alcázares y templos de la libertad antigua.

Para Neron no bastaba el Palatino: incendiada una parte de la ciudad, arrasados muchos de los edificios que en la serie de los tiempos habian cubierto, y como coronado, aquella colina, verdadero solar de una familia, cuna de un pueblo y de una civilizacion, el nuevo señor del mundo ideó y construyó un palacio, que determina el extravío del despotismo por las regiones de lo colosal y de lo absurdo. Todas las degradaciones á